

María Rosa Iglesias *Aurelia quiere oír*

Patrizia Spinato B.

Consiglio Nazionale delle Ricerche, ISEM Milano, Italia

Reseña de Iglesias, M.R. (2019). *Aurelia quiere oír*. Buenos Aires: Paradiso, 349 pp.

En el marco de la literatura de la emigración de primera generación, María Rosa Iglesias López ofrece una eficaz lectura de su personal experiencia de vida. En los años cincuenta abandona Santiago de Compostela y se establece en Buenos Aires para reunirse con su familia; sufre el desarraigo y lo vuelca en una producción poética y narrativa intensa, auténtica, muy poderosa.

Aurelia quiere oír es su primera novela y reúne todas las calidades de su escritura: seca, esencial, puntual en su solo aparente sencillez. Su vivencia tan dolorida como valiosa se desprende de cada matiz de una narración densa, aclaradora, didascálica. Por medio de la voz de Aurelia Gamás Briones, la autora como demiurgo recorre una experiencia de vida importante y explicita sus dificultades, para «mostrar en carne viva los significativos conflictos» (11) que ella quiere representar y desarrollar a lo largo del libro.

Dos parecen ser los grandes límites de su vida: el alejamiento forzoso de su propia tierra, que le provoca la inevitable sensación de ser diferente y de subvaloración cultural; y la hipoacusia, como secuela de un sarampión mal curado, que la condena al aislamiento social.

La emigración aquí no se vive como simple desarraigo de su tierra: aunque la protagonista trate de ajustarse a la nueva realidad geográfica y cultural para formar parte de la sociedad en que se encuentra, sufre mucho el alejamiento forzoso y su procedencia de un país (necesariamente) humillado y de una cultura (percibida por ella



Edizioni
Ca' Foscari

Submitted 2020-10-09
Published 2020-12-21

Open access

© 2020 | Creative Commons Attribution 4.0 International Public License



Citation Spinato B., P. (2020). Review of *Aurelia quiere oír*, by Iglesias, M.R. *Rassegna iberística*, 43(114), 483-486.

DOI 10.30687/Ri/0392-4777/2020/114/020

como) menospreciada. Desea ardientemente ser ‘moderna’ y actuar como sus coetáneas argentinas pero, al mismo tiempo, no quiere renegar de sus propias tradiciones y orígenes: la debilidad de sentirse extranjera se redime al asumir que conoce otro mundo, completamente ignoto para los demás: «no sabía que a ellas les pasaba lo que a todo campesino, extranjero o no, que se muda a una gran ciudad: la gente lo tilda de bruto, tosco, ignorante, alejado de todo refinamiento» (49). Los emigrantes no se reconocían a sí mismos y ni siquiera reconocían su entorno, la tierra prometida tan deseada: iban a quedar para siempre descentrados, privados de sus afectos, inseguros, vulnerables (100), despreciados.

Por otro lado, la pérdida de la audición la condena a una marginación aún más incisiva y doliente, un sufrimiento psíquico enorme por la falta de ese sentido indispensable para construir conocimiento y seguridad. La misma autora describe muy bien su condición de sorda en el «Prefacio conveniente»:

Nada en nuestro aspecto exterior avisa de la carencia. Ni siquiera despertamos el sentimiento [...] de la compasión. Porque solemos aislarnos y rehuir situaciones sociales por timidez, o porque sencillamente nos aburrimos. Porque sin ayuda especial no podemos querernos a nosotros mismos. Porque impacientamos y fastidiamos. Porque nos sentimos infravalorados y desamparados. Porque vivimos preservándonos de caer en ridículo. Porque captamos fragmentariamente la información oral y [...] parecemos tontos. (12-13)

A pesar de dificultades objetivas y miedos subjetivos, Aurelia no se rinde: estudia y trata de independizarse de una realidad familiar que la ampara pero no le permite afirmarse. Su orgullo le impide explicitar sus propias debilidades y al mismo tiempo percibe como frialdad el rigor moral y el seco afecto de sus familiares: «no advirtieron o no supieron aliviar mi angustia, mi inseguridad, mi necesidad de consuelo. [...] Me dolía haberlos decepcionado a todos, me dolía ser un estorbo» (42). En su victimismo, en su obstinación «en mirar el medio vaso vacío» (131), como le reprocha su amiga Gloria, se percibe como una carga y decide dejar a su familia y su ciudad, buscando libremente su propio rumbo (124), tratando de dejar atrás también miedos, inseguridades, rencores, exclusiones, fracasos.

Vuelve además en las páginas de la novela una simbología utilizada por otros autores que han tratado el tema de la emigración: la dulzura del paisaje del país de origen; el océano como un monstruo a punto de tragarse el barco y a sus pasajeros (23); el mar como enlace con el país de origen; la inhospitalidad y la violencia del puerto de arribo; el rechazo del paisaje urbano; la esperanza de volver (85); el ritual de la correspondencia (328).

Interesante es el protocolo que se le impone a los recién llegados para adaptarse a la nueva realidad por parte de los mismos familiares: un comportamiento irreprochable, buena crianza, respeto, culto de la privacidad (113), abandono de la lengua de origen, civismo, parquedad (301), dignidad (26), practicidad (123). Una serie de reglas evidentemente compartidas por muchas comunidades, sobre todo de origen rural y con códigos éticos rígidos, indispensables para sobrevivir en una situación social y económica muy difícil.

Asimismo, se subraya la especial vinculación existente entre españoles e italianos: la parquedad en los gastos familiares; la laboriosidad, a menudo asociada para las mujeres a una máquina de coser doméstica que podía acelerar el ascenso social y económico; la «ingratitude», el rechazo hacia el culto peronista, seguramente asociado a los fanatismos hacia los dictadores en sus respectivos países en ese entonces. «Ellos, los amarretes miserables [...] Gallegos brutos y amarretes. Como los tanos, otros infelices» (93), con los cuales compartían platos tradicionales y rituales comunitarios, como por ejemplo el de preparar la conserva de tomates para el invierno:

Alcira, Mercedes y Catalina, la calabresa de enfrente, eran buenas vecinas y se regalaban los platos típicos de su tierra. Al final de la temporada, cuando los tomates del norte llegaban maduros y baratos, los compraban por cajones. Y, siguiendo las indicaciones de la italiana -Mercedes jamás decía “tana” ni “negros” ni “cabe-citas”-, preparaban entre las tres la conserva para sus tucos de todo el año. (103)

A la situación de los niños se reserva especial atención: su inconsciente alegría, su sentido de vergüenza y de inferioridad, su condición subalterna y pasiva que los convierte en víctimas de las elecciones de los adultos. Aurelia afirma que la expulsión de su realidad

convierte al niño emigrante en exiliado. Él no elige, él no decide. Sólo acata. Y en ese acatar fermenta el resentimiento contra los padres. Rencor del que deberá preservarse ocultándolo, [...] incluso ante sí mismo. Rencor del que se redimirá únicamente si la vida le ofrece la oportunidad de comprender la inocencia de quienes en realidad fueron víctimas. (97)

Es lo que le sucede, afortunadamente, a María Rosa/Aurelia, que tiene la posibilidad de cerrar el círculo, redimiendo a personas y recuerdos para asumir serenamente su destino. La narración, dividida en dos partes de muy diferente extensión, en realidad se cierra con un largo poema dedicado a la madre, «Un posfacio: Canto a mi madre emigrante», precedido por unos versos que dan fe del recorrido catártico de la autora/protagonista, gracias a la escritura, eficaz re-

curso para la evocación, la verbalización y la consiguiente superación de las experiencias traumáticas: «Ahora sabía quién era. | Sabía a dónde pertenecía. | Sabía que era libre. | Sabía qué buscaba. | Sabía que podía elegir» (337).